

EL CONCEPTO DE PROGRESO EN LA REBELIÓN DE LAS RATAS, DE FERNANDO SOTO APARICIO

THE CONCEPT OF PROGRESS IN THE RISE OF THE RATS, BY
FERNANDO SOTO APARICIO.

Blanca Marcela Quintero González

Licenciada en Filosofía. Magíster en Humanidades de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro. Correo electrónico: maquigo07@yahoo.es

Resumen

Desde tiempos inmemoriales el ser humano ha buscado superar las limitaciones que se le presentan, dando lugar a una lucha incansable por llegar cada vez más lejos, es lo que genéricamente llamamos progreso. Hoy sabemos que este concepto ha evolucionado con el tiempo, pero que fue a partir del siglo XVIII cuando adquirió mayor relevancia, de la mano de las transformaciones sin precedentes generadas por las revoluciones que se dieron en este siglo. Si bien se produjeron enormes avances tanto en el ámbito científico como técnico, no derivaron en sociedades más igualitarias y respetuosas de la dignidad humana. El nuevo modelo de sociedad forjado en estas revoluciones dejó ver su rostro más sombrío con la explotación de la clase obrera. Esta problemática fue captada de forma magistral por el escritor colombiano Fernando Soto Aparicio en su novela *La rebelión de las ratas*, en la cual se muestra la manera como el actual modelo de desarrollo y progreso, puede desencadenar consecuencias trágicas para los seres humanos y plantea la necesidad de un cambio, de tal suerte que el progreso no se reduzca al bienestar material de unos pocos con exclusión de la mayoría.

Palabras clave:

Progreso, capitalismo, exclusión social, dignidad humana, análisis literario

Abstract

Since time immemorial man has sought to overcome the limitations that are presented, leading to a relentless struggle to reach ever further, this is what we generically call progress. Today we know that this concept has evolved over time, but it was from the eighteenth century when it acquired greater importance, hand in hand with the unprecedented transformations generated by the revolutions that took place in this century. However, the tremendous scientific and technical advances did not result in more egalitarian societies respectful of human dignity. The new model of society that was built from these revolutions, showed its dark side with the exploitation of the working class.

Fernando Soto Aparicio provides us with a deep insight into this problem in his book *The rise of the rats* in which he exposes how our current model of development and progress can trigger tragic consequences for the human beings and suggests the need for a change in such a way that progress is not reduced to the material well being of a few with the exclusion of the majority.

Keywords:

Progress, capitalism, social exclusion, human dignity, literary analysis.

Introducción

Aunque hasta no hace mucho se daba por sentado que el concepto progreso era una creación moderna, lo cierto es que recientes estudios han venido a demostrar que esta noción la encontramos ya desde la antigüedad.¹

¹ "La tesis de que la antigüedad pagana clásica no tenía fe en el progreso moral y material del hombre ha sido completamente demolida por obras tan autorizadas como las de Ludwig Edelstein, *The Idea of Progress in Antiquity* (la más amplia y completa); W. K. C. Guthrie, especialmente su *In the Beginning*; E. R. Dodds, *The Ancient Concept of Progress*; y F. J. Teggart, *Theory of History* y su antología, *The Idea of Progress*. El profesor Edelstein habla en nombre de todos ellos cuando nos dice que los antiguos expresaron la mayoría de los pensamientos y sentimientos que las generaciones siguientes –desde esa época hasta el siglo XIX– solían asociar con la bendita o maldita palabra progreso" (Nisbet, 1986, p. 2).

Sin embargo, es claro que no existe unidad de criterios, en cuanto a su contenido y significado, es decir, cada pueblo a lo largo de la historia ha tenido una manera particular y concreta de entender el progreso, lo que nos permite hablar de la evolución histórica de este concepto.

Los griegos por ejemplo lo relacionaron con al avance del conocimiento y más especialmente, con el tipo de conocimiento práctico contenido en las artes y las ciencias; los cristianos por su parte, lo entendieron como el logro del paraíso terrenal, un estado de tal exaltación espiritual que la liberación del hombre de todas las compulsiones físicas que lo atormentan se torna completa (Nisbet, 1986, p. 2). El presente artículo lo hemos dividido en dos partes: en un primer momento nos ocupamos brevemente de la evolución que en los últimos años ha tenido el concepto de progreso, especialmente a partir del siglo XVIII, haciendo hincapié en el significado que adquirió a partir de las grandes revoluciones que se originaron en este período, especialmente en el marco del capitalismo moderno; en un segundo momento nos ocupamos de analizar la obra *La rebelión de las ratas*, del autor colombiano Fernando Soto Aparicio. La tesis que defendemos es la de que, en esta novela se evidencia claramente una seria crítica al concepto de progreso cuando este es hermanado con la explotación de los trabajadores, en el caso concreto de los trabajadores de las minas, y se sugiere en cambio una comprensión más humana de tal concepto, entendido como la búsqueda de la construcción de una sociedad que centre su atención en la satisfacción de las necesidades básicas de todos los hombres para alcanzar una vida digna de ser vivida.

En cuanto a la evolución histórica del concepto de progreso, desde la antigua Grecia hasta los siglos XVII y XVIII Jorge Orlando Melo, señala:

Por supuesto, en todas las sociedades occidentales, desde Grecia, existió la noción del progreso social, del paso de la barbarie a la civilización, del avance espiritual, científico o económico. Pero en el siglo XVII y el siglo XVIII se desarrollan muchos aspectos nuevos en esta fe en el progreso: la idea de que los individuos tienden inevitablemente a buscar su propio mejoramiento, la confianza en que el progreso es un proceso irresistible e inevitable, la certeza de que el mundo contemporáneo es mucho más avanzado, al menos desde el punto de vista de la ciencia y de la producción de bienes, que las sociedades antiguas, y el grado en que estas ideas son compartidas por grupos sociales amplios e influyentes. (Melo, 2008, p. 2).

Resulta claro pues, que si bien la idea de progreso la encontramos desde la antigüedad, —lo cual desvirtúa la pretensión moderna de que este concepto

es exclusivamente suyo— es necesario destacar también que fue a partir de los siglos XVII y XVIII, cuando esta idea se enriqueció con nuevos matices, considerando el progreso como un proceso irresistible e inevitable hacia el cual tiende inexorablemente la humanidad. En este punto conviene destacar lo que al respecto expone Marco Antonio Vélez, quien señala al filósofo alemán Immanuel Kant como uno de los referentes cruciales de la idea moderna de progreso:

(...) fue un filósofo del siglo XVIII, uno de los estandartes del movimiento ilustrado europeo, Immanuel Kant, quien en un pequeño escrito de 1798 empezó a marcar la senda de la construcción del moderno concepto de progreso. Decía Kant en el texto que *"si el género humano se halla en progreso constante hacia algo mejor"*, era necesario encontrar una experiencia que atestiguase indubitablemente que la especie humana, entendida como la totalidad de los hombres organizados en estados, avanzaba efectivamente por la senda del progreso. (Vélez, 2009 p.193).

Tanto Kant como otros pensadores del siglo XVIII, asociaron el progreso con la fe en la evolución constante de las facultades del hombre, que lo llevarían a constituir una sociedad sobre las bases de la racionalidad y el orden y por consiguiente armónica, en la que los ciudadanos, haciendo uso efectivo de su autonomía, que está directamente relacionada con su capacidad reflexiva, instauren una forma de vida plena basada en la libertad. Al respecto expresó Kant en su famoso escrito "Qué es la Ilustración":

La Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡*Sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la Ilustración. (Kant, 1994 [1784], p. 1).

La mayoría de edad, que según Kant supone la capacidad de pensar por sí mismo, implica para la humanidad la toma de conciencia acerca de su libertad y dejar de lado las supersticiones que la mantuvieron subyugada en las penumbras de la irracionalidad, para pasar a una época en la cual la luz de la razón iluminará las sendas por las que deben transitar los hombres para alcanzar la plena realización de sus ideales.

De este modo, los seres humanos vamos abandonando la mentalidad infantil, que necesita una continua tutela por parte de una autoridad,

para llegar con paso firme a la independencia que nos proporciona el autogobierno de nuestro destino.

Desde una perspectiva un poco distinta, pero conservando la confianza en el progreso continuo y necesario de la humanidad, el político y economista francés Ann Robert Jacques Turgot hace una analogía entre el desarrollo de la humanidad y el de un individuo. De ello nos da cuenta Recaséns Siches, que al respecto expone:

Turgot, en una conferencia dada en la Sorbona en 1750, estableció una analogía entre el desarrollo de la raza humana y el del individuo, sosteniendo que la humanidad tomada desde su origen, aparece ante los ojos del filósofo como una enorme totalidad, la cual, de modo similar a cada individuo, tiene su infancia y su crecimiento, en el que avanza siempre, aunque paulatinamente, hacia una perfección cada vez mayor. Existe el progreso, continuo y necesario, porque todas las épocas están enlazadas entre sí por una cadena de causas y efectos que unen la situación actual del mundo con todas las realidades que existieron antes. (Recaséns, 1957, p. 669).

Para Turgot no hay duda de que la humanidad avanza hacia un mayor grado de perfección, pues todas las épocas se vinculan entre sí por una cadena de causas y efectos, de tal suerte que los logros que se alcanzan en un determinado momento histórico se convierten en soportes para avanzar aún más. Encontramos también en este pensador una concepción de un tiempo lineal, en el que el presente está íntimamente vinculado con el pasado. Precisamente, con relación a la concepción del tiempo en el siglo XIX, el profesor Marco Antonio Vélez comenta:

La más importante concepción del tiempo del siglo XIX, y que marcó la emergencia del concepto de tiempo de la modernidad, fue formulada por el filósofo alemán G. W. F. Hegel, el cual, en su texto *Lecciones sobre filosofía de la historia*, pone en discusión una noción de tiempo histórico en cuanto tiempo de la racionalidad y tiempo finalizado producto de una visión del devenir europeo como teleología. El devenir histórico es el llegar a sí, a su autoconciencia por parte del Espíritu Absoluto, el verdadero sujeto de la historia. Este Espíritu se exterioriza en el mundo y sabe de sí a través de diversas figuras de la conciencia que marcan su advenir y ello, todo este periplo, se realiza en un tiempo lineal y sucesivo, que no puede ser más que un tiempo del ascenso progresivo al saber absoluto y de la racionalidad. O para decirlo en términos

de Hegel: "...así pues, la historia mundial es el progreso de la conciencia de la libertad". (Vélez, 2009, p. 194).

Nos encontramos pues, con la idea de la evolución de la historia a partir de la racionalidad, la cual es sin duda alguna, un aspecto decisivo en la modernidad. Eso sí desde una perspectiva eurocéntrica, pues Europa es el lugar en el cual se ha alcanzado, según creía Hegel, la máxima expresión del Espíritu Absoluto en el arte, la religión y la filosofía.

Llegados a este punto, podemos afirmar que la idea de progreso, hasta el siglo XVIII y principios del siglo XIX, está marcada por la esperanza de que la humanidad avanza siempre hacia la excelencia y "promueve la idea de una sociedad futura en la que los hombres, siguiendo los dictados de la naturaleza y la razón, podrán tener libertad, paz y bienestar, y vivir emancipados de todas las formas de tiranía y superstición" (Melo, 2008, p. 1).

Sin embargo, el curso que la historia tomará a lo largo del siglo XIX no compaginó con estos ideales. La fe depositada en un progreso indefinido e inevitable entrará en decadencia cuando comience a evidenciarse que la modernidad no necesariamente está hermanada con la racionalidad y la libertad, que llevarían al hombre a su emancipación, sino que, por el contrario, deriva en una ideología que lleva al hombre a situarse como verdugo y explotador del mismo hombre.

La idea de progreso y la industrialización

El siglo XIX está marcado por dos grandes revoluciones: la francesa, que aunque se desarrolla finalizando el siglo XVIII, influyó de modo determinante en muchos acontecimientos de este siglo, especialmente en la consolidación de la democracia moderna y la Revolución Industrial, la cual no solo transformó el modo de producción, sino la sociedad en su conjunto, con la aparición de nuevos actores sociales como los trabajadores y la clase media industrial.

La Revolución Francesa, aunque implicó el despliegue de una enorme cantidad de violencia, produjo cambios significativos, que contribuyeron a la transformación progresiva de una sociedad rígidamente jerarquizada en una sociedad más incluyente, en la cual toma una relevancia cada vez mayor el reconocimiento de ciertos derechos y libertades para todos los hombres por igual. Precisamente entre sus logros más notables encontramos la formulación de los derechos del hombre y del ciudadano, los cuales permitieron vislumbrar un futuro, en el que los ciudadanos se saben poseedores de derechos, que pueden reclamar y hacer efectivos en caso de verse privados de ellos. No en vano se afirma que con la Revolución Francesa nace el Estado de Derecho, que evolucionará en el siglo XX, en Estado Social de Derecho.

Por su parte, la Revolución Industrial impulsó acelerados desarrollos técnicos, que pasaron rápidamente del ámbito textil a otros campos, entre los cuales merece especial mención el sector transporte, el cual se reinventó con la aparición de las locomotoras y barcos de vapor, que hicieron posible una mayor circulación tanto de las mercancías como de personas. Asimismo, puede afirmarse que contribuyó a mejorar las condiciones de vida de muchas personas, en aquellos países por donde se fue extendiendo a lo largo del siglo XIX, la industrialización.

En suma, estas dos revoluciones dejaron un legado imborrable, que se puede percibir hasta el día de hoy, no solo en Europa donde hicieron eclosión, sino en todo el mundo.

Fueron muchas las expectativas que generaron estas revoluciones. A lo largo del siglo XIX, hubo quienes depositaron grandes esperanzas en lo alcances de la industrialización y en las posibilidades de transformar la sociedad como resultado de la expansión progresiva de las ideas liberales. Todo parecía indicar que por fin el mundo imaginado por los pensadores ilustrados podía ser materializado. Los descubrimientos científicos, que permitieron grandes avances médicos, traían consigo la fe en una vida más larga y saludable, y la apertura de grandes centros fabriles, hacían pensar en la mejora de las condiciones salariales, que permitirían llevar a los obreros a tener unas condiciones dignas de vida. Se consideraba que los crecientes descubrimientos científicos, aplicados a la técnica, conducirían inevitablemente al logro progresivo de la prosperidad general; es decir, a la postre, no solo unos cuantos saldrían ganando, sino que la sociedad en su conjunto obtendría grandes beneficios derivados de los adelantos de la industria moderna.

Sin embargo, la posibilidad de convertir en realidad histórica la prosperidad que se venía presagiando, se viene abajo cuando se hace evidente que el capitalismo, ese nuevo sistema económico, que parecía paliar todos los males de la humanidad, se refleja como un sistema excluyente en el que se explota despiadadamente a los trabajadores que solo tienen como capital su fuerza de trabajo, para aumentar las arcas de los sectores más pudientes.

Al advertir este hecho, la clase obrera intentó reaccionar con movimientos como el ludismo² en las primeras etapas de la industrialización, y posteriormente con la organización de sindicatos, que lentamente fueron logrando importantes

² "Movimiento que se opuso radicalmente a la entrada de la primera Revolución Industrial valiéndose principalmente de la destrucción de maquinaria, ya que ésta fue considerada por ellos como el símbolo de una serie de profundas transformaciones morales y sociales que estaban dando al traste con su antigua forma de vida y organización comunitaria" (De La Fuente, 2004, p. 1). Su nombre lo tomaron de la figura del general Ned Ludd, personaje mítico de orígenes aún hoy oscuros.

conquistas para los trabajadores. En este sentido, el progreso no siempre se entiende como el logro de mejores condiciones de vida para todos, ahora se le entiende desde una óptica capitalista. Antón Fernández de Rota expone en estos términos el concepto de progreso resultante de este proceso:

La ideología del Progreso rápidamente se hibridó con los flujos capitalísticos deviniendo una ideología única y total que en el siglo XIX se engazaría con las teorías evolucionistas para dar una explicación igualmente total y universal de la historia.

La ideología del progreso hermanó tempranamente con los afanes de la industrialización e impulso a los industriales a emprender la colosal tarea del hierro, el carbón y el vapor. La idea ilustrada de progreso se pensaba ahora desde una óptica puritano-economicista donde la "emancipación" kantiana pasaba a un segundo término. (Fernández, 2007, p. 319).

El progreso así entendido, comienza a desmitificar la idea de que los avances que se han hecho tengan por finalidad el fortalecimiento del papel del ser humano; muy por el contrario, el hombre comienza a percibirse como superfluo en el nuevo sistema económico, que pone por encima de cualquier cosa la pretensión de alcanzar unos niveles productivos cada vez mayores.

Los cambios operados, conllevan a que la fuerza laboral empiece a vincularse de manera cada vez más acelerada al entramado de relaciones que genera la instauración del nuevo sistema industrial, donde producir cada vez en mayores cantidades implica que los hombres desempeñen el rol de productores, y se conviertan en, como diría Marx, "apéndices de la maquinaria" (Fernández de Rota, 2007, p. 320). El ser humano (el trabajador o el proletario, en lenguaje de Marx), es solo una pieza más del engranaje productivo, no tiene valor en sí mismo, sino en cuanto puede producir, si enferma o envejece deber ser reemplazado por otro más productivo. La vida humana se desvaloriza, pues lo que de ahora en adelante se considera como fundamental es avanzar hacia un sistema económico más eficiente en términos de producción y acumulación de capital.

La industrialización consolida pues un tipo de sociedad, en el que los valores de libertad e igualdad, proclamados en la Revolución Francesa, siguen siendo una utopía, pues el hombre, en lugar de ser el artífice de su emancipación, comienza a hacer parte de una sociedad que lo lleva a su enajenación. Los inventos se multiplican por doquier, la producción aumenta y la conquista de la naturaleza parece no tener obstáculo, sin embargo, millones continúan en la más absoluta miseria, pese a contribuir con su trabajo a estas conquistas. Aída Quintar expresa las contradicciones que subyacen en este nuevo tipo de sociedad, con estas palabras:

Al advertir este hecho, la clase obrera intentó reaccionar con movimientos como el ludismo³ en las primeras etapas de la industrialización, y posteriormente con la organización de sindicatos, que lentamente fueron logrando importantes conquistas para los trabajadores. En este sentido, el progreso no siempre se entiende como el logro de mejores condiciones de vida para todos, ahora se le entiende desde una óptica capitalista. Antón Fernández de Rota expone en estos términos el concepto de progreso resultante de este proceso:

La ideología del Progreso rápidamente se hibridó con los flujos capitalísticos deviniendo una ideología única y total que en el siglo XIX se engazaría con las teorías evolucionistas para dar una explicación igualmente total y universal de la historia.

La ideología del progreso hermanó tempranamente con los afanes de la industrialización e impulso a los industriales a emprender la colosal tarea del hierro, el carbón y el vapor. La idea ilustrada de progreso se pensaba ahora desde una óptica puritano-economicista donde la "emancipación" kantiana pasaba a un segundo término. (Fernández, 2007, p. 319).

El progreso así entendido, comienza a desmitificar la idea de que los avances que se han hecho tengan por finalidad el fortalecimiento del papel del ser humano; muy por el contrario, el hombre comienza a percibirse como superfluo en el nuevo sistema económico, que pone por encima de cualquier cosa la pretensión de alcanzar unos niveles productivos cada vez mayores.

Los cambios operados, conllevan a que la fuerza laboral empiece a vincularse de manera cada vez más acelerada al entramado de relaciones que genera la instauración del nuevo sistema industrial, donde producir cada vez en mayores cantidades implica que los hombres desempeñen el rol de productores, y se conviertan en, como diría Marx, "apéndices de la maquinaria" (Fernández de Rota, 2007, p. 320). El ser humano (el trabajador o el proletario, en lenguaje de Marx), es solo una pieza más del engranaje productivo, no tiene valor en sí mismo, sino en cuanto puede producir, si enferma o envejece deber ser reemplazado por otro más productivo. La vida humana se desvaloriza, pues lo que de ahora en adelante se considera como fundamental es avanzar hacia un sistema económico más eficiente en términos de producción y acumulación de capital.

³ "Movimiento que se opuso radicalmente a la entrada de la primera Revolución Industrial valiéndose principalmente de la destrucción de maquinaria, ya que ésta fue considerada por ellos como el símbolo de una serie de profundas transformaciones morales y sociales que estaban dando al traste con su antigua forma de vida y organización comunitaria" (De La Fuente, 2004, p. 1). Su nombre lo tomaron de la figura del general Ned Ludd, personaje mítico de orígenes aún hoy oscuros.

La industrialización consolida pues un tipo de sociedad, en el que los valores de libertad e igualdad, proclamados en la Revolución Francesa, siguen siendo una utopía, pues el hombre, en lugar de ser el artífice de su emancipación, comienza a hacer parte de una sociedad que lo lleva a su enajenación. Los inventos se multiplican por doquier, la producción aumenta y la conquista de la naturaleza parece no tener obstáculo, sin embargo, millones continúan en la más absoluta miseria, pese a contribuir con su trabajo a estas conquistas. Aída Quintar expresa las contradicciones que subyacen en este nuevo tipo de sociedad, con estas palabras:

La nueva sociedad que comienza a despuntar trae consigo profundas paradojas: amplía el campo de posibilidades para producir avances en el conocimiento de la ciencia aplicada a la producción de bienes y servicios, crea las condiciones para una mayor y más profunda comunicación e integración mundial y da un salto cualitativo en términos del dominio de la naturaleza por parte del hombre. Por otro lado, esa misma sociedad se torna cada vez más excluyente, cada vez es mayor la brecha que separa las condiciones de existencia de los diferentes grupos sociales que la conforman y las posibilidades de tener acceso a los beneficios mencionados. (Quintar, 1990, p. 221).

Resulta evidente entonces, que los avances científicos y técnicos no traen aparejados consigo beneficios económicos para toda la sociedad, en su lugar se comienza a hacer palpable la diferencia cada vez mayor entre los poseedores, es decir aquellos dueños de los medios de producción, y los desposeídos, quienes solo cuentan con su fuerza de trabajo para enfrentar la precariedad de sus existencias.

También empieza a abrirse la brecha entre los países industrializados y los que aún no transitan por las sendas del "progreso económico", ellos se adjudican el derecho de ampliar sus fronteras, a expensas de aquellos que permanecen poco desarrollados, como bien lo manifiesta Zygmunt Bauman: "La apuesta del imperialismo de la moderna era sólida era la conquista de territorio para aumentar el volumen de mano de obra sujeta a la explotación capitalista" (Bauman, 2007 p. 90).

Es claro que en la sociedad capitalista el ser humano no posee la misma dignidad, pues con base en la diferencia que se hace entre países industrializados y aquellos que no lo son, los habitantes de los primeros, beneficiarios de los adelantos científicos, se sentirán superiores a los de los demás en cuanto sus niveles de riqueza aumentan, aun a expensas de los recursos de los países menos avanzados. El bienestar que trajo la industrialización para algunos países no se aplica para todos de igual manera, ya que el desarrollo de unos es la fuente de la miseria de otros. Los avances técnicos favorecieron la

expansión colonial, en búsqueda de materias primas o de nuevos mercados a los cuales exportar los excedentes de producción que el mundo desarrollado no logra consumir. Una vez allí, los colonizadores se apropian de las fuentes de riqueza y explotan a las comunidades locales, en muchos casos como mano de obra que vive y trabaja en condiciones de esclavitud o semiesclavitud. El desarrollo, por tanto, no se ha traducido en "igualdad y fraternidad", sino que ha expandido las posibilidades de explotación de unos pueblos sobre otros. Europa, con Inglaterra a la cabeza, conquistará vastos territorios de Asia, África y Oceanía, que junto con el continente americano, descubierto y conquistado previamente, constituirán una reserva inmensa de recursos y de mano de obra barata, situación que perdurará, especialmente en África, hasta la segunda mitad del siglo XX.

No obstante lo que acabamos de exponer, debe reconocerse también que la industrialización nos dejó un legado de grandes avances técnicos, que contribuyeron a mejorar la calidad de vida de miles de personas y que hoy en día seguimos disfrutando de sus beneficios, sin embargo, como lo expone Kühne:

El progreso moderno técnico también ha contribuido considerablemente al aumento de inseguridad de la vida actual, aunque primeramente parezca paradójico. Pues toda la técnica solamente puede servir a una "justa" formación de la vida si con el tiempo y el trabajo que evita ayuda a conseguir y asegurar más fácilmente el bienestar mejor deseable. (Kühne, 1960, p. 827).

La exclusión, resultado del progreso económico

Hemos planteado que una de las consecuencias de la industrialización es la explotación, no solo de los recursos naturales de los países menos desarrollados, sino del mismo hombre, que comienza a considerarse como un insumo más en la producción capitalista.

Pero también cabe destacar, que un siglo y medio después, el mundo ha sufrido transformaciones y avances que ni siquiera los más visionarios pudieron imaginar. Sin embargo, la desigualdad, la explotación y el colonialismo, siguen vigentes aunque de modos más sutiles: ya no se requiere invadir con ejércitos, hoy se asfixian a las economías más pobres con la deuda externa y la imposición de políticas sociales y económicas que favorecen los intereses de los grandes capitales foráneos, a la vez que se les obliga a negociar tratados de comercio absolutamente leoninos. Por otro lado, en la actualidad, se hace énfasis en la exclusión como efecto directo de las nuevas políticas económicas

impuestas por los países del primer mundo, que hacen énfasis en el consumo de los bienes producidos masivamente por la industria. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman advierte acerca de este cambio:

El "problema del capitalismo", la disfunción de la economía capitalista más flagrante y potencialmente más explosiva, está pasando de su actual fase de explotación a la de exclusión a nivel planetario. Es la exclusión, más que la explotación sugerida por Marx hace un siglo y medio, lo que subyace actualmente en los casos más manifiestos de polarización social, de profundización de la desigualdad, de crecimiento de los volúmenes de humillación, sufrimiento, y pobreza humana. (Bauman, 2007, p. 92).

Todo indica pues, que estamos pasando de la explotación a la exclusión. Esta última, es un fenómeno derivado del progreso entendido como acumulación de bienes materiales. Si bien es cierto que en la era industrial el hombre se sentía alienado por la explotación que se ejercía sobre él, éste era parte integrante del proceso productivo; pero en el actual estado de cosas, el ser humano que por diversas razones no acumula bienes, es decir, que no consume, se hace objeto de la exclusión más abyecta por parte de la sociedad. La producción en cadena, propia del sistema capitalista, requiere que el hombre desempeñe el rol de consumidor, y para ello se le adiestra hábilmente bajo la amenaza constante de la exclusión, ya que esta, no solo se ejerce desde las altas esferas, sino que es un fenómeno que flanquea al hombre desde todas las direcciones, y por ende, de la que nadie puede sentirse a salvo.

Además, la ideología consumista, preconizada por el capitalismo moderno, se erige como sistema totalitario, pues parece no haber alternativa posible a las imposiciones de este régimen, en palabras de Bauman: "El progreso económico se propaga por los rincones más remotos del 'saturado' planeta, pisoteando a su paso todas las formas restantes de vida alternativa a la sociedad de consumo" (Bauman, 2004, p. 81).

"El mercado manda" parece ser la consigna que propugna por más liberalización y menos Estado, esto se traduce en mayor libertad, no para el hombre, sino para el mercado, que ejerce sin limitaciones las acciones necesarias para beneficiar a una pequeña parte de la población, que se siente con el derecho de excluir a los carentes de recursos imprescindibles, para participar en el juego manipulado por los que detentan el poder económico.

En "vidas desperdiciadas" Zygmunt Bauman, pone de manifiesto la pérdida de relevancia del Estado de Derecho, que en otros tiempos desempeñó un papel central en la defensa de los más desprotegidos:

El "estado social", esa larga historia de la democracia europea y, hasta fechas recientes, su forma dominante, se bate hoy en retirada. El estado social basaba su legitimidad y sus demandas de lealtad y obediencia de sus ciudadanos en la promesa de defenderlos y asegurarlos contra la superficialidad, la exclusión y el rechazo, así como contra las azarosas embestidas del destino, contra la reducción de los individuos a la condición de "residuos humanos" en virtud de sus insuficiencias o sus infortunios. (Bauman, 2004, p. 118).

Por tanto, la exclusión en el contexto actual, es la expresión de las desigualdades que el sistema económico imperante ha provocado, ya que "un grupo es excluido porque otro lo excluye mediante el ejercicio de poder. Nos encontramos así ante un proceso de producción de desigualdades sociales. Dicho de otro modo, la exclusión es la manifestación más extrema de la desigualdad social". (Pérez y Mora, 2006, p. 437).

En consecuencia, la igualdad hoy más que nunca, está lejos de ser una realidad. Comprobamos amargamente, que no todos tenemos la capacidad de acceder a las mismas oportunidades; los derechos, que la sociedad moderna tanto se ufana en proteger, parecen ser privilegios de unos pocos.

De igual manera, el acceso a servicios básicos como la salud y la educación, no son disfrutados en igualdad de condiciones por la totalidad de los ciudadanos de un país, especialmente de los menos desarrollados. Sobre este aspecto resulta oportuno traer a colación el artículo de Juan Pablo Pérez Sainz y Minor Mora Salas, en el que plantean que:

La definición de exclusión utilizada en este trabajo [realizado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) a inicios de la presente década (Behrman et al., 2003)] tiene que ver con la negación de acceso igual a oportunidades impuesto por ciertos grupos de la sociedad a otro. (Pérez y Mora, 2006, p. 435).

Hablamos pues de exclusión, cuando una estructura económica injusta dicta de manera autoritaria las leyes bajo las cuales debe regirse la humanidad, sin tener en cuenta a los sectores más vulnerables de la población, que sin capacidad suficiente para protegerse de las embestidas de una sociedad basada en el consumismo, quedan relegados a la miseria.

La rebelión de las ratas y la idea de progreso

Como acabamos de exponer, el mundo se transformó drásticamente en los últimos dos siglos. Sin embargo, las consecuencias de estas transformaciones

se hicieron sentir de manera distinta según el contexto. Colombia por ejemplo, siguió siendo un país rural, donde la principal actividad económica fue la agricultura hasta muy entrado en siglo XX, de modo que la industrialización, aún en un nivel incipiente, se demoró mucho tiempo en llegar. Fernando Soto Aparicio, un testigo excepcional de la historia de nuestro país a lo largo del siglo XX, como observador perspicaz, captó con su pluma el impacto de ese proceso de industrialización en Colombia, dejándonos sus apreciaciones en forma de novela, en su famosa obra *La rebelión de las ratas*.

Según la teoría narrativa, en esta novela podemos visualizar tres espacios básicos en los que se desarrolla la trama. En primer lugar nos encontramos con Timbalí, pueblo minero al que llegan cantidades de hombres pobres buscando mejorar sus condiciones de vida; en segundo lugar, el relato nos pone de frente con las minas de carbón, en cuyo interior deben aventurarse los obreros para extraer el material, que las grandes empresas utilizan para obtener grandes ganancias, y el tercer elemento que hace parte integrante del espacio de este relato es el basurero, única vivienda que alberga a la familia de Rudencindo, después de saberse excluida de la comunidad y por ello mismo, despojada de toda dignidad humana.

La idea de progreso que se nos presenta en la novela, se asienta en Timbalí con todos los contrastes que este lugar encarna; ya al inicio de la novela, el lector se encuentra con un pueblo que, despojado del aspecto campesino, va perdiendo la serenidad y la paz, para convertirse paulatinamente en el centro de un régimen económico que exige el despojo de la identidad de sus habitantes, un lugar al que todos acuden pero al que ninguno pertenece.

Soto Aparicio evidencia el dramático cambio que sufre el valle, y los motivos que los grandes demagogos disfrazan como altruismo y amor por la patria, para ocultar las verdaderas intenciones lucrativas que los impulsa al desplazamiento de una forma de vida y la adopción de otra que los pondrá al servicio de un inhumano y excluyente sistema:

A eso, lo llamaban algunos, pomposamente, civilización, progreso. La esperanza de la patria allí; con el sacrificio de unos pocos se aseguraba la tranquilidad de muchos; era necesario que el valle perdiera su aspecto bucólico para que la nación recobrara su estabilidad económica. Al menos tales cosas decían los oradores que acudieron a convencer a los campesinos de la conveniencia de abandonar las cosechas, de trocar la asada por la piqueta, de cambiar el maíz por las piedras negras de carbón, y de acabar con los mansos burrillos de carga para reemplazarlos por los camiones de color rojo oscuro, como teñidos de sangre. (Soto, 2006, p. 2).

Con respecto al cuadro que presenta este cambio abrupto al que se ven forzadas las familias campesinas que habitaban el valle de Timbalí, la teórica de la literatura Mieke Bal ilustra el papel que juega el espacio como configuración de los personajes, que son moldeados por el lugar en el que se desenvuelven, y que juega un papel de vital importancia para entender las relaciones que estos van a desarrollar con el medio físico y cultural al que se ven abocados, al igual que las ideas que irán permeando su forma de vida y su consecuente manera de posicionarse frente al medio circundante y por ello mismo su manera de actuar.

La ciudad y el campo se contrastan a menudo en novelas románticas y realistas, a veces como el pozo de pecados frente a la inocencia idílica, o como posibilidad de adquirir riquezas mágicamente en contraste con la labor de los granjeros; o como el emblema del poder frente a la impotencia de la gente del campo.

Este contraste se puede invertir también cuando parece que las riquezas de la ciudad se limitan a las de unos cuantos y el hombre corriente de los suburbios está en peor situación que la del campesino que, al menos, se puede comer su propia cosecha. (Bal, 1995, p. 52).

El tipo de contraste que describe Mieke Bal podemos visualizarlo en La rebelión de las ratas en el pasaje en el que el autor relata la añoranza constante que del campo hace Rudecindo, lugar que siente más humano pero al que no tiene posibilidad de regresar, pues en su mente ha calado la idea que le han sugerido, a saber, que el progreso económico que ahora se encuentra muy lejos de la vida campesina, que debe abandonar para encajar en un pueblo minero que termina despojándolo de su ser y convirtiéndolo en una pieza desechable de un sistema que no ve al hombre sino el provecho que de este se puede sacar.

De igual modo, la obra de Soto Aparicio menciona el trasegar de la familia del protagonista como una búsqueda constante por mejorar sus condiciones de vida. "Rudecindo llegaba con su familia, como tantos otros. Timbalí era un puerto, una ciudad abierta. Todos sus caminos estaban francos. Y los que allí penetraban creían que esas trochas llevaban al progreso, a la estabilidad económica, al ahorro, al bienestar" (Soto, 2011, p. 10). El puerto sugiere la imagen de un espacio abierto, en el que se comercializan no solo productos, sino también ideas, formas de ver el mundo, y en el caso de Timbalí, vidas, seres humanos con sueños y esperanzas.

Asimismo, la obra presenta a Timbalí como una ciudad abierta, que da la ilusión de acoger a todo foráneo que a sus tierras llega, prometiendo la

estabilidad económica que permite la elección de una forma de vida basada en la libertad que llevará a una vida buena y feliz.

Podría pensarse por tanto, que son libres quienes llegan a Timbalí; ninguno de ellos ha sido obligado a desplazarse a este lugar, pues todos los obreros han llegado por sus propios medios, seguros de encontrar en el pueblo el bienestar económico anhelado; pero pronto se nos advierte que estos hombres han sido empujados por la necesidad, y en este sentido la libertad es una idea que en nada obedece a la realidad de sus condiciones, pues ¿qué otra alternativa poseen aquellos a quienes fuerzas externas a sus decisiones impulsan a adoptar una forma de vida que les parece del todo ajena e incomprensible?

De este modo, Timbalí se perfila como el lugar en el que se puede hacer realidad el sueño que pretenden alcanzar cientos de obreros que llegan a sus calles en búsqueda de un empleo, que permita obtener unas condiciones dignas de supervivencia. Empujados por el afán de lucro, no solo llegan los obreros pobres provenientes de los más bajos estratos de la sociedad, sino también los extranjeros a usurpar las tierras que no les pertenecen.

Precedentemente habíamos mencionado el contraste entre el campo y la ciudad que se pone de manifiesto en la novela desde el principio, pero a medida que la obra avanza, comprendemos también la diferencia evidente entre el barrio de los extranjeros y las precarias viviendas de los obreros. En el interior de Timbalí opera la segregación de seres humanos, un barrio para los pobres en la zona marginal, sin comodidades, con casuchas, apiladas unas junto a otras, "decenas de familias agrupadas en barrios miserables, apiñados como tallos de trigo" (Soto, 2006, p. 3); en cambio el barrio de los extranjeros está conformado por casas bien construidas, con puertas de vidrio y de metal, con calles pavimentadas.

De igual manera, el imperialismo propio de los países del primer mundo se hace patente en esta novela, que evidencia, a través del lenguaje literario, la imposición de un sistema económico cuya idea de progreso conlleva la destrucción de los recursos de los países pobres, con la explotación de la fuerza laboral que le subyace.

Como resultado de este proceso colonizador, la única alternativa de subsistencia que tienen los hombres que llegan a Timbalí es el trabajo en las minas de carbón. Los campesinos que antes araban la tierra a campo abierto se ven obligados a internarse en los oscuros socavones que ponen en peligro su vida.

La explotación de las minas de Timbalí, sugiere la idea de progreso latente en la sociedad occidental. El material de las minas, en este caso el carbón

extraído del interior de la tierra, ofrece la idea de la usurpación que ejerce el hombre sobre la naturaleza para sacar el máximo provecho, que disfrutaron unos pocos. En *Vidas desperdiciadas* de Zygmunt Bauman, se propone una ilustrativa metáfora acerca de la actividad minera como imagen del afán humano por innovar, a expensas de la destrucción que esta actividad conlleva:

Hay, con todo, dos maneras radicalmente diferentes de crear lo nuevo. Lewis Mumford se valió de la alegoría de la agricultura frente a la minería con el fin de captar la diferencia entre ellas. La agricultura, afirma Mumford, "repone deliberadamente lo que el hombre sustrae de la tierra. "El proceso de la minería, por el contrario, "es destructivo (...) y lo que se saca una vez de la cantera o el pozo no puede ser reemplazado. Así, la minería "presenta la imagen misma de la discontinuidad humana, hoy aquí y mañana ya no, ora febril de lucro, ora agotada y vacía". Podemos decir que una de las modalidades más generalizadas entre las formas modernas de crear (¿o deberíamos decir más bien de destruir creativamente?) se ha conformado a imagen y semejanza de la minería. (Bauman, 2004, p. 35).

La actividad minera que se nos presenta en la obra, propicia la metáfora entre la explotación de los minerales y la explotación del hombre que los extrae; parece paradójico que la idea de progreso que persiguen los mineros, personifique la pauperización de los mismos, es decir, el sueño de alcanzar el bienestar se ve transformado en la pesadilla de verse convertido en un objeto prescindible para concretar el plan de los explotadores. Los socavones de Timbalí propician el lucro para los que se adueñan de ellos, sin siquiera conocer su interior, pero para los obreros que se internan en sus entrañas, representa la imagen viva de la explotación y la exclusión a la que son sometidos a causa de su desventurada condición.

Así, las luminosas obras construidas y exhibidas en las elegantes ciudades deben su existencia a los cientos de hombres que, ocultos en las penumbras, la sociedad se niega a reconocer. Parece que el progreso arrastrara tras de sí una huella de miseria para los pueblos que sirven a sus propósitos, la extracción del mineral deja infértil la tierra que antes se sembrara durante generaciones, para producir el alimento para la población; la sociedad, permeada por el avance técnico, produce gran cantidad de desechos, no solo materiales, sino humanos, situación que plantea el sociólogo Bauman con las siguiente afirmación:

La producción de "residuos humanos" o, para ser más exactos, seres humanos residuales (los "excedentes" y "superfluos",

es decir, la población de aquellos que o bien no querían ser reconocidos, o bien no se deseaba que lo fuesen o que se les permitiera la permanencia), es una consecuencia inevitable de la modernización y una compañera inseparable de la modernidad. Es un ineludible efecto secundario de la construcción del orden y del progreso económico. (Bauman, 2004, p. 16).

Para el sistema económico capitalista, el ser humano no es un fin en sí mismo, sino un medio para la adquisición de ganancias cada vez más escandalosas de las grandes empresas. La sociedad consumista, nos enseña que lo que se utiliza pierde su valor y el único fin que le queda es el cubo de la basura. "con el triunfo sucesivo del consumismo, crece la necesidad de basureros y disminuye el número de personas dispuestas a engrosar sus filas" (Bauman, 2006, p. 81).

Llegados a este punto, es importante señalar el basurero como el tercer elemento propio del espacio en el que se enmarca la novela, con el objetivo de demostrar el carácter simbólico del vertedero de desechos en el que sin otra opción se albergan Rudencindo y su familia. Precisamente acerca del significado que se puede atribuir al lugar de alojamiento de los personajes, señala Mieke Bal:

El alojamiento de una persona está conectado especialmente con su carácter, su forma de vida y sus posibilidades. La posición espacial en la que se sitúan los personajes en cierto momento suele tener influencia en sus estados de ánimo. Un espacio elevado causa a veces una elevación del espíritu de forma que el personaje se exalta. Un espacio elevado en el que el personaje no está, pero hacia el que mira o con el que se enfrenta de alguna forma, lo puede deprimir por su propia inaccesibilidad. (Bal, 1995, p. 105).

El sitio en el que se ve obligado a sobrevivir el protagonista de la novela lo despoja de toda humanidad, solo un animal como la rata soportaría tal manera de vivir; consciente de su situación, las esperanzas de la familia se van extinguiendo, pues el modesto sueño de comprar una austera casa se va desdibujando en un horizonte que aparece cada vez más oscuro.

En estas circunstancias, la familia de Rudencindo carece de lo más elemental para vivir como seres humanos, no tienen alimento, no tienen vestuario ni techo donde abrigarse. No les queda otro remedio que irse al único lugar que estaba disponible, el vertedero de basura, donde ya habitaban otros desventurados, una mujer que se había dedicado a la prostitución junto a su pequeño hijo. Esta imagen descrita por Soto Aparicio refleja con crudeza

el resultado del progreso visto desde la óptica capitalista, pues quienes no pueden consumir son desechos que deben arrojarse lejos.

Así, el basurero, sitio destinado para arrojar los desperdicios, es el único lugar que aloja a Rudencindo y su familia, pues al igual que a Cándida, que representa la prostitución, se les observa con desconfianza, y por tanto deben estar lo más retirados posible de la vista del orden instaurado por la racional sociedad moderna, que en este caso identificaríamos con las flamantes construcciones que los extranjeros edifican en un lugar bien diferenciado del resto de la población.

Un ser humano que vive en un basurero no presta ningún servicio en un sistema económico que requiere que la población consuma los artículos que produce, Rudencindo no puede consumir nada, no tiene la posibilidad de comprar lo básico para su subsistencia, le es negado el techo, el vestido y hasta el alimento; él mismo se sabe un bien poco reconocido en este tipo de sociedad, pues vende lo único que posee, su mano de obra, por una miseria.

En estas condiciones, el ser humano se ha convertido en un producto que se ofrece, se consume y se desecha, Bauman, alude a esta idea en los siguientes términos: "Quiero sugerir que el 'daño colateral' más importante (aunque de ninguna manera el único) perpetrado por esa promoción de intereses económicos y por esa lucha es la transformación total y absoluta de la vida humana en un bien de cambio". (Bauman, 2007, p. 162).

Resulta importante destacar también, que Fernando Soto Aparicio sugiere que los seres humanos tendemos a identificar progreso material con la felicidad. En un ilustrativo pasaje de la novela leemos:

Todos con el anhelo de vivir mejor, de dar un vuelco a la monotonía de su tránsito por el mundo. Esto los guiaba al progreso creciente de Timbalí. Una ansiedad oculta, a veces manifiesta, pero siempre existente, por cambiar de vida, por mejorar, por tener con qué comprar un traje nuevo, una silla, una mesa. Lo que en síntesis constituye la felicidad material, conforme la conciben muchos. Esa felicidad material, esa satisfacción de los sentidos: agua para el sediento, pan para el hambriento, ropa para el desnudo, cama blanda para el fatigado, consuelo para el afligido... todos corriendo tras la felicidad. Y esta siempre esquiva, inasible, porque detrás de cada sueño realizado hay otro por realizar. (Soto, 2006, p. 8).

La felicidad, para quienes carecen de lo más elemental para vivir decentemente, se identifica con la satisfacción de esas necesidades, pero al

mismo tiempo ocurre que los seres humanos nunca estamos satisfechos, pues una vez logrado un sueño, emergen otros por alcanzar. El autor refleja de este modo su conocimiento del ser humano.

Podemos visualizar así, la idea de progreso que se va perfilando en la novela; por un lado hay una crítica constante a la sociedad capitalista que pone por encima de todo el afán de lucro y la acumulación de riqueza en pocas manos, en este caso en la de los extranjeros que explotan y excluyen a seres humanos condenándolos a la miseria, por el otro, comenzamos a observar una propuesta más humana frente a estos desmanes.

Las duras condiciones de vida que enfrentan los personajes en *La rebelión de las ratas*, los exhortan a reprochar el sistema imperante que los desecha sin remordimiento alguno, su reflexión comienza a centrarse en la solidaridad que se debe generar entre compañeros que sufren las mismas penurias: si para el sistema ellos son anónimos, no debe pasar lo mismo entre compañeros que reconocen en el otro a un ser humano que sufre.

De este modo, los obreros en Timbalí centran sus esperanzas en la formación del sindicato como estrategia para lograr la emancipación de las precarias condiciones de vida que están soportando, el optimismo que ponen en la llegada de esta institución los une en la esperanza de un futuro más prometedor para todos, la voz de aliento se hace colectiva en la adversidad y nutre los ánimos de los mineros:

¿Y qué ganaremos nosotros con el sindicato, compañero? Me parece imposible que no conozca las ventajas que nos traerá. Seremos un cuerpo serio. Un ejército por así decirlo. Estaremos unidos. Elegiremos un presidente, un vicepresidente y vocales, por así decirlo, para que hablen en nombre nuestro, ya que no somos capaces de hacerlo personalmente. El sindicato, así formado, tiene derecho de sesionar para considerar los problemas de cada una de las dependencias de la compañía. Por ejemplo, si mañana lo botan sin justificación, usted acude al sindicato, pone la queja, y este se entrevista con el jefe de personal y con los delegados de la empresa. Se le paga su preaviso o se le reingresa al trabajo, si el despido es injusto. En fin, que todos nuestros problemas, en lugar de quedar sepultados en el pecho, engendrando la cólera, tendrán una solución oportuna y justa. (Soto, 2006, p. 175).

El sindicato, representa para ellos el mecanismo por medio del cual por fin podrán hacer valer sus derechos. En adelante nadie estará solo, el sindicato es la voz de quienes no tienen voz, ya no tendrán que seguir sufriendo solos y

en silencio, el sindicato les permitirá canalizar sus sufrimientos y expresarlos a quienes tienen capacidad de decisión en la empresa.

Con relación a la idea de buscar alternativas frente al modelo egoísta y competitivo, el profesor Armando Gil Ospina señala con buena dosis de optimismo:

Frente a la visión moderna del hombre individual, "egoísta" y competitivo, se consolida cada vez más la concepción del ser humano solidario y cooperativo como cualidades fundamentales de su ulterior desarrollo social; vale decir, el hombre ha alcanzado el actual desarrollo en razón de que su vida se desenvuelve en un contexto social en el que se teje un inextricable entramado de interrelaciones consigo mismo, con el otro, con los otros y con lo otro. (Gil, 2006, p. 53).

Como alternativa al capitalismo salvaje, se propone un modelo económico incluyente, que escuche las necesidades de la población que trabaja día a día para conseguir un modo de vida más digno. Para alcanzar este proyecto, se hace necesario, que los indicadores económicos dejen de centrar la atención en cifras que disfrazan las condiciones reales de vida de los ciudadanos.

Martha Nussbaum expone la manera en la que la economía actual mide el progreso de un país: "¿Qué significa entonces el progreso para una nación? Según la opinión de algunos, progresar es incrementar el producto interno per cápita. Hace años que los especialistas en economía del desarrollo de todo el mundo emplea ese índice de avance nacional como estándar representativo de la calidad de vida general de un país" (Nussbaum, 2010, p. 34).

Este modelo de informe económico representa la sesgada visión capitalista que pretende medir el desarrollo en términos numéricos, dejando de lado temas cruciales para el avance de una sociedad hacia la adquisición de la equidad y la justicia social, como lo expresa el premio nobel de economía Amartya Sen: "Cuanto mayor sea la cobertura de la educación básica y de la asistencia sanitaria, más probable es que incluso las personas potencialmente pobres tengan más oportunidades de vencer la miseria". (Sen, 2000, p. 118).

Es impensable que un Estado que se preocupa por el bienestar de sus ciudadanos, los abandone a la deriva. La novela de Soto Aparicio alza su voz para mostrar lo que sucede cuando los afanes lucrativos se anteponen a las necesidades del pueblo, pues en sus páginas encontramos una nación que avanza económicamente, pero que deja a su paso niños sin educación, familias enteras muriendo de hambre y mujeres que no encuentran otro medio de supervivencia que el ejercicio de la prostitución.

La rebelión de las ratas nos invita a reelaborar el término progreso, pues este debe implicar que los países más ricos, no sigan llenando sus arcas a expensas de la sobreexplotación y destrucción de los recursos de los países tercermundistas. En la misma medida, el Estado no debería dar la espalda a problemáticas como la carencia de oportunidades que sumen a la población en el analfabetismo, el hambre y la miseria.

En palabras del catedrático Francesc de Carreras "En el siglo XXI, progresar debe significar que los seres humanos sean libres, es decir, no sean esclavos de las necesidades materiales ni sean explotados por otros hombres. Avances científicos y conciencia moral deben seguir siendo los instrumentos del progreso" (Carreras, 2008, p. 62).

La rebelión de las ratas nos da una lección de dignidad humana, pues a través de sus páginas muestra los desmanes de una sociedad que parece haber olvidado al ser humano, pero, al mismo tiempo reivindica la esperanza del hombre latinoamericano, siempre dispuesto al sacrificio para hacer realidad el sueño de vivir en una sociedad donde todos gocen de los beneficios que trae el trabajo de manos unidas buscando la libertad.

¿Qué mejor para terminar, que citar el discurso de Paco Espinel, personaje que alude en estos términos al concepto de progreso propuesto en la novela:

Pero ¿qué es la civilización? ¿Es un monstruo que se nutre con cadáveres? No. es la comprensión de los problemas de cada grupo racial, social, humano. Es la solución oportuna, adecuada y justa, de las necesidades de un pueblo. La civilización es progreso, y este no consiste en sacar carbón de una roca y meter, en cambio, hombres para que se pudran. Por eso, y por los que ellos son más ilustrados, por lo que saben más que nosotros, deberían comprendernos y no condenarnos a la muerte, a la miseria o a la rebelión. La civilización debía ser comprensión y ayuda, y nunca destrucción y desdicha. (Soto, 2006, p. 296).

A manera de conclusión

Si entendemos el progreso como el aumento de capital de un país, vamos a tropezar con un término económico que deja de lado el ser humano, pues da prioridad a indicadores que poco ayudan a comprender todas las dimensiones que la sociedad debe desarrollar para alcanzar una mayor satisfacción de las necesidades básicas de los ciudadanos.

Bien se sabe que el aumento del PIB per cápita de un país, no se ve reflejado directamente en la mejoría de los niveles de vida de sus habitantes, y que la producción masiva de bienes, no garantiza que todas las personas tengan acceso a su disfrute. Muy a pesar de los desarrollos técnicos y científicos de la era moderna, la humanidad ha enfrentado fenómenos tan devastadores como la guerra, y sus nefastas consecuencias.

A partir de lo antes mencionado, se puede colegir que la idea de progreso hermanada con el avance económico, desemboca en el olvido del ser, que da paso a la cosificación del hombre, pues mirado desde esta perspectiva se convierte en objeto de cambio, en un bien de consumo que se desecha apenas deja de ser útil para quien lo utiliza.

La rebelión de las ratas llama la atención acerca de las consecuencias directas de la idea de progreso economicista; la explotación y exclusión de cientos de hombres es la más visible, pues se hace evidente en la novela que, aunque el país marcha hacia la industrialización y por consiguiente a ubicarse en una mejor posición económica, no todos los habitantes de la nación avanzan en la misma dirección; la marcha vertiginosa de la modernización arrasa con formas de vida de cientos de personas que pierden lo único que tienen y terminan su existencia viviendo como animales, como es el caso de Rudecindo y su familia.

En este sentido, la novela propone una acepción diferente del término progreso, que debe comenzar a entenderse como el avance de una sociedad que implique, además del económico, un desarrollo humano, que redunde en beneficios para la totalidad de la población. Martha Nussbaum, expresa esta idea, en los siguientes términos:

Según este paradigma (paradigma del desarrollo humano) lo que importa son las oportunidades o "capacidades" que posee cada persona en ciertas esferas centrales que abarca desde la vida, la salud y la integridad física hasta la libertad política, la participación política y la educación. Este modelo del desarrollo reconoce que todas las personas gozan de una dignidad humana inalienable y que ésta debe ser respetada por las leyes y las instituciones. Toda nación mínimamente decente debería aceptar que sus ciudadanos están dotados de ciertos derechos, en esas esferas y en otras, y debería elaborar estrategias para que superen determinados umbrales de oportunidad en cada una de ellas. (Nussbaum, 2010, p. 47).

Este artículo permitió la exploración del término progreso en *La rebelión de las ratas*, del escritor colombiano Fernando Soto Aparicio; la novela nos lega

una amplia gama de posibilidades de análisis de la realidad de un país, a partir de elementos tan sensibles para nuestros pueblos como son: la pobreza, la exclusión, la segregación social y la falta de oportunidades, cuestiones que no obstante haber sido planteadas en una novela escrita hace más de cincuenta años, mantienen plena vigencia y siguen siendo un desafío para la sociedad colombiana y sus dirigentes.

Referencias

- Bal, M. (1995). *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Bauman, Z. (2004). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Carreras, F. (2008). La idea de progreso en el siglo XXI. *Temas candentes* (163), 55-63.
- De La Fuente, P. (2004). Los luditas y la tecnología: lecciones del pasado para las sociedades del presente. Recuperado de http://aafi.filosofia.net/publicaciones/el_buho/elbuho2/buho2/luditas.htm
- Fernández de Rota, A. (2007). Los ruinosos pilares del progreso. *Estudios humanísticos* (6), 317-339.
- Gil Ospina, A. (2006). Calidad de vida. *Asuntos económicos y administrativos* (11), 45-58.
- Kant, E. (1994). Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración? En *Filosofía de la Historia*. Trad. Eugenio Imaz, México, FCE.
- Kühne, O. (1960). El Progreso Técnico y el Progreso Social. *Revista Mexicana de Sociología* (22), 823-84.
- Melo, J. (2008). La idea del progreso en el siglo XIX, ilusiones y desencantos, 1780-1930. En *Congreso de colombianistas*, Charlottesville. 1-33. Recuperado de www.jorgeorlandomelo.com/bajar/progreso
- Nisbet, R (1986). La idea de progreso. *Revista Libertas*. Traducido de *Literature of Liberty* 2(1), enero/marzo 1979. Derechos cedidos por el Institute for Human Studies, EE.UU.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid: Kats editores.
- Pérez Sáinz, J. y Mora Salas, M (2006). Exclusión social, desigualdades y excedente laboral. Reflexiones analíticas sobre América Latina. *Revista Mexicana de Sociología* (68), 431-465.
- Quintar, A (1990). Desarrollo Económico y Social Flexibilización laboral. ¿Requerimiento de las nuevas tecnologías o fragmentación del movimiento obrero? *Desarrollo Económico y asuntos administrativos* (30), 221-235.
- Recaséns Siches, L. (1957). Algunas notas sobre la idea del progreso en la obra de Augusto Comte. *Revista Mexicana de Sociología* (19), 663-683.

- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Soto Aparicio, F. (2011). *La rebelión de las ratas*. Bogotá: Panamericana.
- Vélez Vélez, M. (2009). Michel Maffesoli, una crítica de la modernidad desde un posmodernismo afirmativo. *Estudios de filosofía* (39), 189-214.